

LOS CANDIDATOS Y EL CAMPO



4 Dic. 69

Por Miguel Angel Granados Chapa

La semana pasada, los candidatos presidenciales del PRI y del PAN —de este último cabe decir que lo es de la oposición, por antonomasia, pues los otros dos partidos con registro oficial no sólo no existen, en términos reales, sino que formalmente no ejercen oposición alguna, y hasta apoyarán al candidato priísta— hicieron pronunciamientos notables respecto del campo.

Es natural que ambos, que buscan llegar al primer cargo político nacional, se refieran al problema agrario y agrícola mexicano. Se repite a menudo, porque es cierto, que allí es donde más duele al país, que ese es el problema mayor que enfrentamos —o que no enfrentamos, porque acaso una de las razones de su existencia es la indecisión para encararlo—.

El abanderado priísta reconoció que la explotación individual del ejido y de la pequeña propiedad ha sido ineficaz, y esbozó que durante su régimen se subrayarán las bondades del sistema colectivo de explotar la tierra.

Al día siguiente, su oponente de Acción Nacional hizo bien en pedir una precisión respecto de esta tesis. Por su parte dijo que si al hablar de colectivización se trata de decir que el Estado se hará cargo de las tareas agrícolas, ello no le parece bien. Pero acepta, en cambio, como "positiva y necesaria" la colectivización que se refiera "al uso de formas asociativas libres, de índole cooperativa o de otras clases, entre agricultores".

Reserva de que el candidato priísta precise los alcances de la expresión que empleó —y seguramente se sabrá entonces que en modo alguno propuso la estatización del trabajo campesi-

no, propio de un sistema que el propio candidato ha censurado como "foráneo" y negador de libertades— me parece que el representante panista tiene razón al solicitar formas de actuación solidaria en el campo. Si ya casi en ninguna actividad humana es posible la acción individual, menos en una labor que requiere tantos esfuerzos como en la agricultura de un país sobre en bienes naturales e instrumentales como el nuestro.

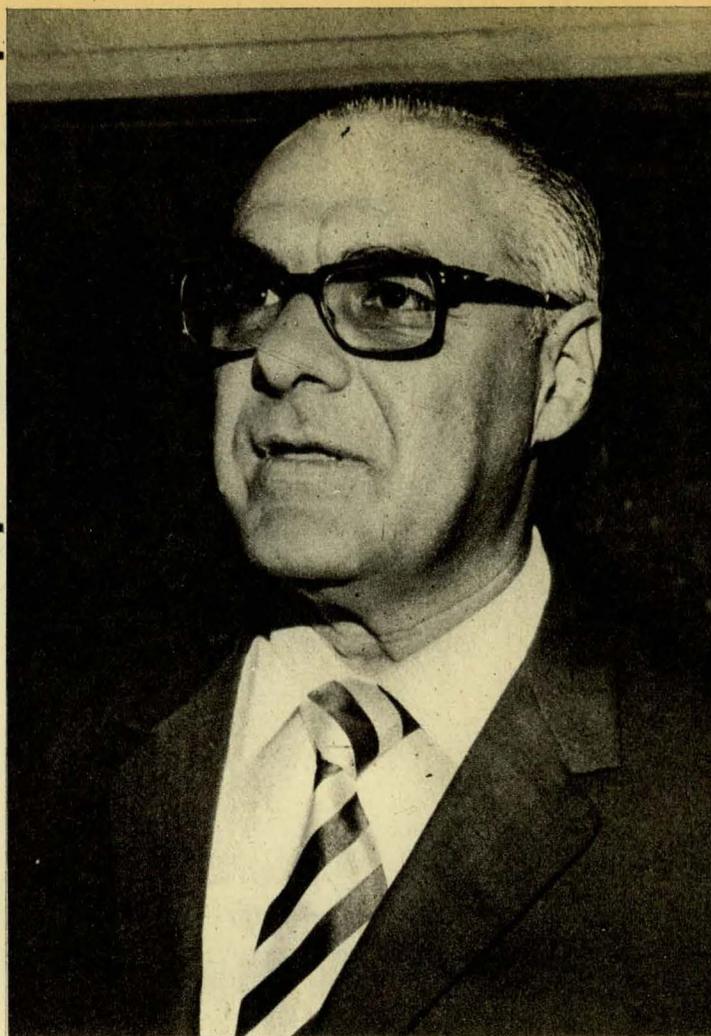
Pero González Morfín tiene mayor razón todavía en otro de sus planteamientos respecto del campo, al que el otro candidato no puede, por razones obvias, aludir: el uso de los campesinos con fines de manipulación política. Y es que, en efecto, el problema del campo no es sólo propiciado por un determinado sistema de tenencia, o por la carencia de medios y técnicas para aumentar la productividad, o por la falta de mecanismos de comercialización adecuados —que todo ello influye— sino de manera fundamental por el hecho de que los agricultores son usados —así, como si fueran cosas, y no hombres— para fines partidistas.

El propio candidato del PRI se irá dando cuenta de ello, en su exhaustivo recorrido por el país. Pese a todas las provisiones en contrario, no han faltado voces valientes que denuncian abusos, y a los abusivos. Y resulta que las más de las veces éstos forman parte de quienes organizan y presiden las recepciones al candidato. Por el propio bien de su tarea gubernamental, y sobre todo por el bien nacional, el antiguo secretario de Gobernación no debería olvidar esos clamores —que como destellos de libertad han surgido en su camino— contra la utilización indigna de los campesinos como objetos de maniobra politiquera.

YUCATAN, PROBLEMA DE AUTORIDAD

Por José Ramón Ulloa

LIC. VICTOR MANUEL CORREA RACHO, candidato del PAN a la gubernatura de Yucatán.— Están en juego el prestigio y la autoridad del gobierno mexicano...



EN Yucatán y, por lo mismo, en toda la República, están en juego el prestigio y autoridad del gobierno mexicano.

Para quienes conciben el prestigio como imagen del triunfo aplastante, aunque se logre por medios ilícitos, y el principio de autoridad como el poder de dominio del más fuerte, los éxitos del PAN significarían el debilitamiento del gobierno.

Los que saben que únicamente merece prestigio político aquél que respeta la justicia y que la verdadera autoridad no puede existir separada del auténtico derecho ven que el gobierno sólo puede fortalecerse reconociendo lealmente las victorias de la oposición.

El respeto de los gobernados se gana por el ejercicio de la justicia. Cuando falta ese reconocimiento no lo pueden suplir ni el progreso material ni el fraude ni la fuerza de las armas.

Hay indicios de que el candi-

dato panista cuenta con el respaldo mayoritario de los yucatecos. Si el PAN no tuviera tanta fuerza popular, ahí, sería prácticamente inexplicable que los del partido en el poder hayan recurrido en la medida en que lo hicieron a la calumnia y la violencia, que prepararan un fraude tan burdo y notorio en complicidad con las autoridades del Estado.

No es raro que en tales circunstancias el pueblo se indigna; ello es más bien una señal de su nobleza. Lo extraño es que se asusten los que han provocado su ira.

YUCATAN es un caso para la conciencia nacional. Hace pensar que nuestro país está dominado por un grupo de hombres poderosos que se empeñan en mantenernos sometidos a sus buenas o malas decisiones y que parecen incapaces de oír otra voz que la suya propia.

El caso de Yucatán es muy grave porque ahí se ha puesto la fuerza por encima del dere-

cho: ello redundaría necesariamente en el desprestigio de todo el gobierno y mina su autoridad moral.

El candidato panista ha exhortado a los yucatecos a no caer en la violencia; esto responde a la profunda convicción del PAN en el sentido de que la renovación de México sólo puede lograrse por medios pacíficos, ya que la democracia supone ante todo una transformación de las conciencias y un esfuerzo constante que no se pueden suplir con la mera agitación física por explicable que ésta sea.

Hoy el gobierno tiene la gran oportunidad y el deber de tomar un camino digno. Le toca investigar imparcialmente las violencias al voto popular en Yucatán y proceder en consecuencia, animado por un espíritu de justicia y de verdad.

Sería una manera de impedir que nuestro gobierno muera en el corazón de los mexicanos y se transforme, cada vez más, en una dictadura sin autoridad.